

INTRODUCCIÓN

Pessoa creía en la astrología; era un gran observador del universo. Sabía que tenía una misión en la vida: vivir para escribir una obra literaria. Fue un auto iniciado, un explorador de la constelación de su alma. Vivió en la soledad y en ella descubrió que era otros y también vio algo que quizá nunca hubiese querido ver, el vacío y el extravío absoluto. Pero también supo que sólo en el vacío encontraría la inmortalidad que presintió para su obra. Igual que todos los demás grandes poetas, a Pessoa no le importó jamás el vértigo que le causaba su abismo. Para crear, primero tendría que destruirse.

Las palabras cargadas de prejuicios y quimeras heredadas de los siglos anteriores fueron el origen y fin de su misión. Pessoa sabía que en ellas se dibujaban las plantas, crecían los árboles y nacían los dioses; que eran ellas los puentes gracias a los cuales se ligaban a la conciencia los atributos de la Realidad.

Las palabras habían hacinado, por largo tiempo, verdades junto con pasiones, las causas con sus doctrinales efectos, dejando a un lado la imponente e inasible realidad. Una muralla se había impuesto entre la visión paradójicamente sencilla y compleja del poeta y su entorno; en vez de cosas, miraba ahora palabras y en lugar de cantar épicas, cantaba significados. La abstracción había reemplazado a la fuerza -en su acepción metafísica- haciendo imposible la experiencia plena de la vida y la muerte. Por lo consiguiente, sólo un poeta saturado de pasión o vacío de ella, podía maniatar de nuevo las sensaciones, despertarlas de su letargo metafísico, de sus verdades aceptadas; decirle al lector de versos: esta piedra no es símbolo de eternidad y no tiene como causa la evolución de los años, es sólo piedra y como tal vívela, la piedra que te encuentres mañana no será la misma.

Claro está que Pessoa no fue el primero ni el último en resucitar el valor de los objetos, su obra literaria se puede incorporar a diversas corrientes filosóficas y sus padres poéticos siguen una particular genealogía (en la cual destaca Walt Whitman). No por ello se disminuye el valor del autor, al contrario, se le integra a la escuela de clásicos. Porque aunque Pessoa haya utilizado una fe estoica –como este trabajo intentará desentrañar– para la creación de su obra, ésta ha logrado trascender en su originalidad y belleza los límites de la doctrina. De esta manera, en este trabajo no se intentará reducir una obra rica en interpretaciones a la rigidez de una sola. Su intención es la de continuar una línea de trabajo comenzada por Octavio Paz y Luis de Souza Rebelo que propone *El Guardador de Rebaños* como centro de la poética Pessoaana y al estoicismo como la clave para comprenderla. Es gracias a este estudio, que podremos limpiar de las probables impurezas teóricas que una crítica ajena a las intenciones expresadas por los mismos heterónimos pueda impregnarle.

De tendencias paganas, no es un secreto que Pessoa amaba los ideales latinos. En ellos creía ver lo que Rebelo denomina el “objetivismo puro y la acción reguladora e inhibitoria de la sensibilidad y del comportamiento natural del hombre.” (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 200).¹ Su heterónimo Ricardo Reis es un ferviente neopagano; el maestro Caeiro un “blasfemo infantil”. Detrás de la dispersión aparente de los diversos heterónimos, parece pues haber un sentido: el amor por el estoicismo o la teoría de la realidad que se basta a sí misma. Pero para llegar a este estado de encuentro primordial con la naturaleza es necesario purgar los significantes vacíos. Dicho esfuerzo tiene sobre todo finalidades semánticas: dependiendo del significado que le atribuyamos a una palabra será el objeto que ella nos muestre. La realidad evaluada bajo términos que se amoldan a nuestra

¹ Traducción de Juan Andrés Ordóñez.

conveniencia, es un ciclo enfermizo del cual sólo se podrá escapar analizando la lengua. “Porque si la lengua es memoria, es en la memorabilidad del discurso y en el nivel de la expresión y de la cosa expresada que toda la subversión deberá darse, haciendo y deshaciendo una escritura que pretende sugerir el sentido de aquello que no dice.” (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 213). Pessoa intenta librar la lengua de los prejuicios y presuposiciones que varios siglos de cristianismo le han dado dentro de la misma lengua: único medio verdadero en que puede realizarse.

Pero no es solamente del cristianismo que Pessoa habrá de deconstruir. Toda filosofía que aleje al individuo de su entorno es para Pessoa nociva. “Nada existe, todo acontece”, escribe el poeta, intentando reformular la concepción aristotélica de causa y efecto, como la doble realidad de las ideas platónicas. No es que el hombre o un árbol no existan, la afirmación contradiría la aseveración de la realidad objetiva de las cosas: lo que no existe es la esencia, el género. Si los objetos poseyeran entidades externas a ellos, éstas podrían no solamente degenerar nuestra visión de la realidad sino intervenir en ella. Gracias a la definición que el dogma hace del hombre como imagen divina y del animal como su servidor, el primero puede violar los parámetros naturales de convivencia y actuar en prejuicio del segundo, de tal forma nuestra visión de la realidad se altera, en una desarmonía con la naturaleza. Pues todo intento de clasificación parece ocultar un deseo de exterminio; todo mundo paralelo, una moral que justifique el sometimiento del entorno. ¿Dónde encontrar, por lo tanto, la realidad de un objeto y cómo poder después expresarla sin que las palabras aniquilen su esencia? La respuesta para Pessoa parece ser la siguiente: encontrar la realidad del objeto en el objeto mismo y expresarla después en una poesía libre de supuestos teóricos, pues como diría Caeiro: “qué ciencia más verdadera que la de las cosas sin ciencia.” (Pessoa, 2000: 170).

De esta manera, según Rebelo, la creación pessoana sigue el fundamento estoico, de que el objeto es cognoscible en su sensación. No por ello su creación es una poesía hedonista, todo lo contrario, busca “la transmutación de lo concreto en la sensibilidad estética” (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 209) conciente de que sólo en ella podrá ser comprendido el poeta. Igual que Cicerón, Pessoa cree que “la aprehensión de lo manifiesto en la manifestación es la epifanía de la esencia.” (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 208). Y es por ello que el maestro Caeiro, guardador de los rebaños, de las sensaciones que lo circundan, ocupa el centro de la dispersión heteronímica. De él nacen las vertientes distantes, pero paralelas, de Ricardo Reis y Álvaro de Campos, y a él regresan las últimas cuestiones que el lector les formula. Su función en el mecanismo es conciliar los engranajes en el sistema filosófico del sensacionismo o estoicismo.

Es, por tanto, sumamente importante realizar un estudio que encamine la obra de Pessoa sobre las direcciones que ella misma ha marcado. Postergar los análisis que involucren doctrinas como el zen y el budismo, y comenzar aquellos que retomen las obras que eran del interés del autor (como lo muestra el itinerario de sus lecturas). Gracias a la intertextualidad que existe en la obra de Pessoa, podemos adivinar los juicios que emitía sobre sus heterónimos. La mayoría de ellos ensalzaban su lirismo Horaciano, sus odas latinas y su corriente estoica o epicúrea. Esto no es gratuito, Pessoa parecía desear el resurgimiento de una conciencia nueva, más cercana al paganismo. No sabremos si para ello desarrolló sus heterónimos, pero adivinamos que a través de la diversidad de sus voces pudo expresar, en la genialidad de su poesía, el abanico vasto de su creencia.

Así pues, esta tesis aporta algunas reflexiones críticas que surgen de una lectura que tiene la ventaja de conformar una visión más global de todo un corpus, que hasta la fecha, todavía, en su totalidad es desconocido. Dedicar un capítulo al fenómeno heteronímico, que

es una de las características que más llaman la atención sobre este poeta y otro a algunos aspectos biográficos que son útiles para que el lector tenga un apoyo en un panorama general sobre este escritor tan polémico e inusual. Del capítulo III hasta el final se interpreta *El guardador de rebaños* de una forma experimental, siguiendo los hilos estéticos y filosóficos que tomó el rumbo de su pensamiento; el cual, gracias al ensayo de Souza, que sitúa su pensamiento desde el estoicismo, como puerto de partida de todas sus demás divagaciones.

¿Cómo se lee a Pessoa fuera de su contexto local y de su contexto fuera de Europa? y ¿Cómo se lee a Pessoa desde una nueva época, donde se siente cada día que el siglo XX ha quedado atrás, aunque aún no alcancemos a creerlo? Esto será lo que en un futuro más interesará en esta tesis. Una interpretación experimental, guiada por algunos de los más reconocidos críticos, para colaborar con el reconocimiento de una obra sin par.

La complejidad estilística, hermosura poética, profundidad filosófica y la sabiduría implícita de la obra, funcionan como un catalizador para el desarrollo de nuevas ideas. Gran poeta de mucha dificultad y honda hermosura. Fernando Pessoa es el hombre sustituido por el poeta y su obra todo un gran bagaje de ideas, de esas que fundan religiones.